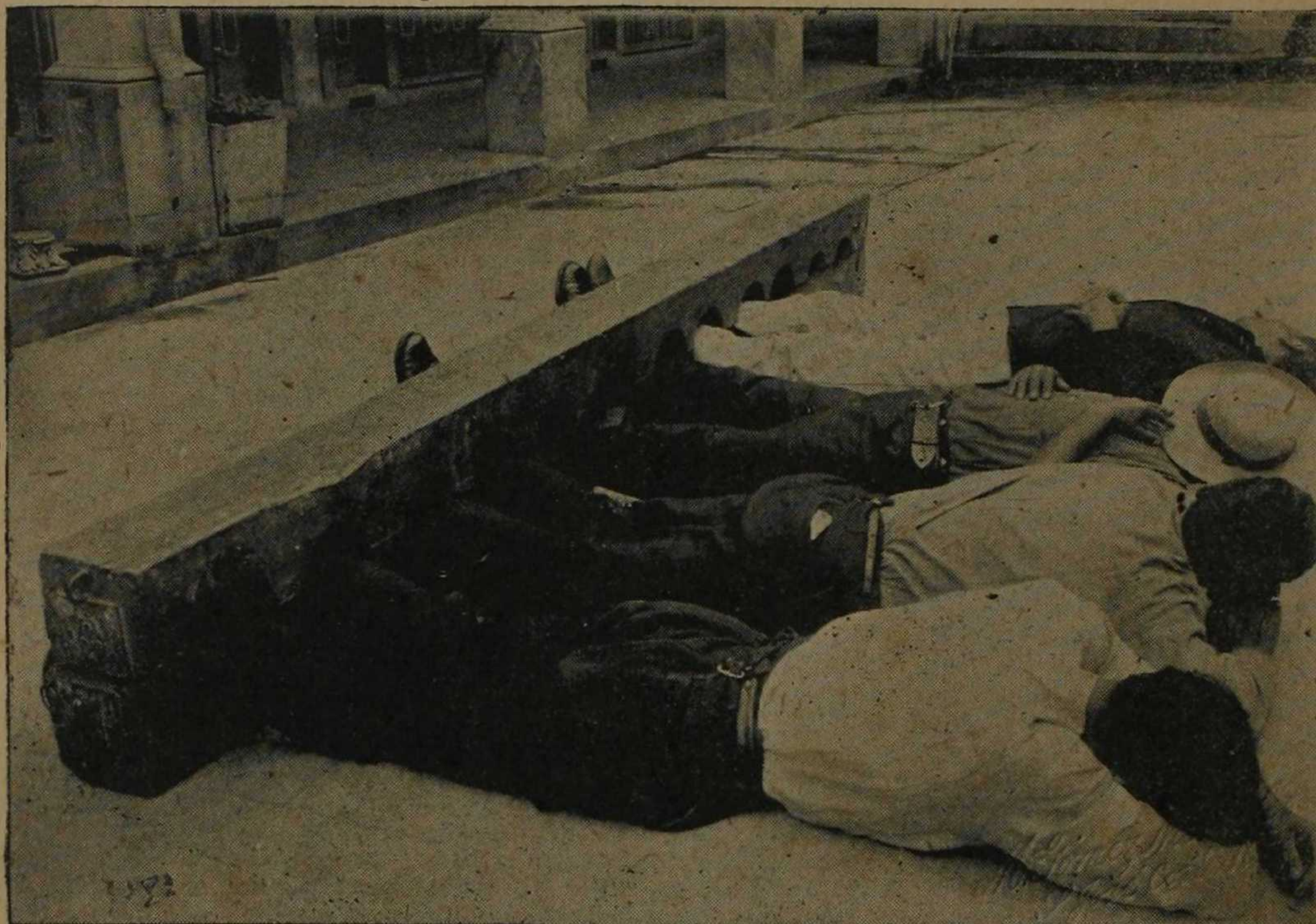


Costa Rica histórica



Los cepos, instrumentos de tortura con que los Tinoco envilecieron a tantos ciudadanos.

secreto de su fuerza, porque el alimento de los gigantes y de los dioses, de que hab la Wells, no es más que la «Fe», no es más que la «Perseverancia»: creer en uno mismo, y persistir!»

Amado Nervo, comprendía todo el problema diplomático iberoamericano, especialmente el problema hispanoamericano del norte, en esas irónicas y delicadas parábolas que aluden, sin lugar a duda, a la nebulosa doctrina Monroe.

Como remedio final, Nervo no encuentra otro mejor que la confianza de cada pueblo en su propia autopotencia.

Pensaba, sin duda, como el Fausto de Goethe, que «sólo merecen la vida, los que son capaces de conquistarla día a día con su esfuerzo».

Confiado en el triunfo final de la justicia decía: «Hay muchos países en el mundo que han crecido entre las fauces de ogros sin misericordia, hasta que llegó su día de sol, día que no deja de llegar jamás para todos, absolutamente para todos los pueblos, como llega para todos los hombres!!»

Por último, ponen en evidencia su concepto diplomático estas palabras suyas: «La diplomacia tiene persona-

lidades infinitas, y debe procurar siempre ser el triunfo de la inteligencia, sutil, ágil, fértil, de aquellos a quienes la naturaleza, providente, que no deja a nadie sin defensa, otorgó tan eficaz arma».

Como corolario de su premisa agregaba: «¿Creéis que existirían, por ejemplo, los ratones aún, y serían tan poderosos como son en este mundo, si los gatos fuesen omnipotentes?»

Amado Nervo vino a nuestro país persiguiendo un ideal a la vez amable y hermoso para nosotros: Era el de conjugar espiritualmente a Méjico con la Argentina, como una parte primordial de la obra de conjunción iberoamericana en que pensamos muchos hace tiempo con carácter apremiante y trascendente.

Creía que había que abrir un ancho cauce al hispanoamericanismo que, sentimentalmente, es una realidad espontánea, porque existe y crece por sí solo, en medio de nuestra desidia y a pesar del error y de la injusticia con que hemos considerado y juzgado, a veces, la nobleza de nuestra filiación y estirpe.

Creía también, y esto es a mi entender el mayor mérito de sus ideas de

estadista y diplomático, que había que dar formas jurídicas, políticas y económicas al panamericanismo, que también es una realidad, *de facto*, geográfica e internacional.

La doctrina de Monroe ha sido hasta ahora la encarnación *esotérica* del panamericanismo y como la doctrina no es una ley concreta, sino, como se ha dicho muchas veces y se ha repetido en estos días, un temperamento político que se modifica y adapta según las circunstancias y los intereses del país que la sustenta, lo lógico y prudente es definirla, precisarla, convertirla en una encarnación *esotérica*, como lo declaró noble y lealmente en Mobila el ilustre Presidente Wilson en su memorable discurso de 1913.

Nervo era panamericanista en ese recto y político sentido, y así debiéramos serlo todos, puesto que no podemos, sin jactancia, renegar de la protección continental y, por eso mismo, no está en nuestras manos obligar a un gran país a que cambie su concepción política internacional, precisamente cuando los poderosos de la tierra en reunión de los vencedores acaban de sancionar expresamente en París, lo que jamás ni tácitamente habían